

173259

PR 4561

A67

P4

1903



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

TIEMPOS DIFÍCILES

CAPÍTULO PRIMERO

LO NECESARIO

« Sólo quiero hechos. Mostrad sólo hechos á los chicos y chicas. Aquí bajo se necesitan únicamente hechos. No planteis otra cosa y desarraigad lo demás. Con hechos se forma el espíritu de un animal que piensa; lo demás de nada le sirve. Precepto es éste con arreglo al cual educo á mis hijos y á los muchachos que veis ahí. ¡ Sujetaos á los hechos, caballero ! »

La escena ocurría en la desnudez de una sala de escuela monótona y sepulcral. El índice cuadrado del orador daba energía á esas observaciones, subrayando cada frase en la manga del maestro. Redoblaba la energía su frente imponente, recio muro que descansaba en las cejas, al paso que los ojos hallaban un alojamiento cómodo en dos cuevas oscuras, sombreadas por el citado muro; energía que aumentaba aún con la boca amplia, delgada y severa de dicho orador; energía que se afirmaba aún más con

el tono duro, inflexible é imperioso de aquél; energía que se acentuaba especialmente en los cabellos del mismo, los cuales se erizaban en su cabeza calva, por ambos lados, al modo de una plantación de pinos destinada à resguardar del viento la superficie luciente del cráneo, que cubrían tantas jibas como la corteza de un rreleño de patatas. Parecía que su cabeza no hallaba sitio bastante para almacenar todos los hechos sólidos que en su interior albergaba amontonados. El aire decidido, el traje, las piernas, las hombros del orador, todo ello cuadrado, sin omitir su corbata, que le apretaba incómodamente la garganta, como un hecho obstinado, contribuían también à aumentar su energía.

« En esta vida, caballero, se necesitan sólo hechos. »

El orador y el maestro de escuela, junto con el tercer personaje, que era adulto, retrocedieron un poco, para mejor envolver con la mirada las filas de humanos recipientes que se llenarían con hechos hasta desbordar.

CAPÍTULO II

LA DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES.

« Tomás Gradgrind, caballero, fué el hombre de las realidades; el hombre de los hechos y de los cálculos; el hombre que procede según el principio de que dos y dos hacen cuatro, y no más, sin que nunca le induzca argumento alguno à conceder una fracción de exceso; Tomás Gradgrind (recalcad su nombre de pila) Tomás Gradgrind, con una regla, unas balanzas y una tabla de multiplicar en el bolsillo, caballero, está dispuesto siempre à pesar y medir el primer paquete humano que tenga al alcance, precisándolo con la mayor exactitud. Se trata de una cuestión de guarismos, ó de una operación aritmética. Podriais lisonjearos de imbuir una noción absurda en el cerebro de un Jorge Gradgrind, de un Augusto Gradgrind, de un Juan Gradgrind ó de un José Gradgrind (personajes ficticios y sin existencia), mas no lo conseguiríais en la de Tomás Gradgrind. No, señor, no; es imposible! »

El señor Gradgrind no dejaba nunca de presentarse mentalmente en estos términos, ya en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE HISTORIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

el círculo de sus amistades íntimas, ya entre el público en general. También en estos términos, sustituyendo la palabra *señor* por las de *niños* y *niñas*, fué como Tomás Gradgrind acababa de presentarse él mismo, teniendo delante de él y en fila á los menudos cántaros que se llenarían de hechos hasta el gollete.

La verdad es que, en tanto los contempla con curiosidad desde el fondo de las cuevas mencionadas, ofrece el aspecto de un cañón atiborrado hasta la boca de hechos, que se dispone á enviar, por medio de un disparo, mucho más allá de las regiones que conoce la infancia. Tiene el aire de una batería galvánica, en la que se hubiera depositado una mala preparación mecánica, con objeto de suprimir la tierna imaginación en el espíritu de los niños, reduciéndola á polvo.

— ¿La niña número veinte? — dijo el señor Gradgrind, señalando directamente, con su índice cuadrado, á la persona aludida. — No la conozco. ¿Quién es?

— Sissy Jupe, señor — contestó el número veinte, sonrojándose, levantándose y haciendo una reverencia.

— ¿Sissy? Este no es un nombre — dijo el señor Gradgrind — Usted no se llama Sissy, sino Cecilia.

— Señor, papá me llama Sissy — replicó la niña, con voz temblorosa y nueva reverencia.

— Pues hace mal — manifestó el señor Gradgrind — Dígaselo usted, Cecilia Jupe; éste es su nombre... Vamos á ver... ¿En qué se ocupa su papá?

— Es escudero, artista del circo, señor.

El señor Gradgrind frunció el ceño y, con un gesto de la mano, rechazó esta profesión inconveniente.

— Aquí no queremos saber nada de eso. Aquí no hay que hablar de tales cosas. El padre de V. doma caballos rebeldes, ¿no es eso?

— Sí, señor. Cuando hallamos algo para domar, lo hacemos en el picadero.

— Aquí no hay que hablar de picaderos. Téngalo, pues, en cuenta. Dice V. que su padre doma caballos. Cuidará también de los que están enfermos, ¿no es así?

— Sí, señor.

— Muy bien. Es veterinario, herrador y domador de caballos. Haga V. la descripción del caballo.

Sissy Jupe, al oír esta pregunta, experimenta gran terror.

— La niña número veinte no se vé capaz de describir un caballo — exclamó el señor Gradgrind, para edificar á todos los cantaritos en

general — La niña número veinte no posee hecho alguno que se refiera al más vulgar de los animales. Veamos : que uno de estos chicos describa el caballo. ¿Bitzer?

El índice cuadrado, después de pasearse de un lado á otro, vino de súbito á caer sobre Bitzer, tal vez porque éste se hallaba expuesto casualmente al mismo rayo de sol que, deslizándose por una ventana abierta en el local pintado de modo chillón, que hería la vista, derramaba una intensa claridad sobre Sissy; los niños y las niñas estaban sentados en toda la extensión del entarimado inclinado, como un cuerpo de ejército nutrido y dividido por un espacio estrecho. Sissy, colocada en el extremo de un banco, en el lado expuesto al sol, participaba del comienzo de un rayo, cuya cola alcanzaba á Bitzer, situado en el extremo del banco opuesto y algunas filas más abajo. Si la niña mostraba unos ojos y una cabellera muy negros, que el rayo de sol, al caerle encima, parecía colorear más oscura y vivamente, el muchacho, en cambio, ofrecía ojos y cabellos de una rubicundez tan pálida, que antes contribuía el rayo á diluir el color en él remanente. Los ojos rasgados del escolar hubieran sido apenas ojos, sin las menudas briznas de las pestañas que, produciendo el con-

traste inmediato de algo más pálido que ellas, dibujaban su forma. Sus cabellos, casi á rape, podían pasar por una sencilla continuación de las manchas rojizas que cubrían su frente y su semblante. El cutis estaba tan desprovisto de frescura y de salud, que uno pensaba si, al cortarlo, brotaría sangre blanca.

— Bitzer — repuso Don Tomás Gradgrind — haga V. la descripción del caballo.

— Cuadrúpedo; herbívoro; cuarenta dientes, de los que veinte y cuatro son molares, cuatro caninos y doce incisivos. Cambia de pelo en primavera, y en los países pantanosos cambia también de cascotes. Los cascotes son duros, mas deben herrarse. La edad se conoce por ciertas señales que se descubren en los dientes.

De este modo, y aún más extensamente, habló Bitzer.

— Ahora, niña número veinte — dijo el señor Gradgrind —, vé V. ya lo que es un caballo.

Hizo de nuevo su reverencia y se hubiera sonrojado aún más, de haber podido estar más colorada de lo que estaba, al comenzar el interrogatorio. Bitzer guiñó con ambos ojos, mientras miraba á Tomás Gradgrind, y la luz alcanzó la extremidad temblorosa de sus pestañas, de modo que llegaron á parecer las

antenas de una multitud de insectos atareados. Llevó luego su puño cerrado á la frente, cubierta de manchas rubicundas, y, saludando de esta manera, volvió á sentarse.

Entonces se adelantó el tercer personaje. Hombre ceñudo el tal, bueno para cercenar y disecar hechos. Era un empleado del gobierno; un verdadero pujilista á su modo, dispuesto siempre al boxeo, practicando constantemente el sistema de hacer tragar las cosas al público, de buen ó de mal grado, cual si se tratara de una medicina: siempre visible en su pequeño despacho oficial y con ánimo de combatir á toda Inglaterra. Para seguir en términos de boxeo, diré que era un verdadero genio en llegar por cualquier motivo á las manos; en fin, un perfecto matón. No bien entraba en la pista, deterioraba con el puño derecho al primero que veía y con el izquierdo continuaba, se detenía, alargaba puñetazos, desviaba los golpes, apaleaba, reducía á su contrincante (desafiando siempre á toda Inglaterra), acosándolo hasta llegar á la cuerda del recinto, y se dejaba caer sobre él de la manera más gentil del mundo, para ahogarle. Se desgañitaba con el fin de cortar su respiración, de modo que el desdichado no pudiera volver á empezar la lucha, en espirando el plazo de rigor. De aquí

que las autoridades superiores le encargasen que adelantara la venida del gran milenarío, durante el curso del cual reinan aquí bajo los comisarios.

— Muy bien — dijo este caballero, sonriendo jovialmente y cruzando los brazos — Esto es un caballo. Ahora, niños y niñas, permítanme que les pregunte una cosa: ¿Adornarían Vds. su habitación con un papel que representase caballos?

Después de un silencio breve, la mitad de los niños se puso á gritar en coro:

— ¡Sí, señor!

Dicho esto, la otra mitad, leyendo en el rostro del caballero que aquel *si* era erróneo, gritó también al unísono:

— ¡No, señor! — conforme se practica, regularmente, en esta clase de exámenes.

— No; desde luego. Mas ¿por qué?

Nuevo silencio. Un muchacho gordo y algo desenvuelto, que tenía una respiración silbante, se atrevió á decir que no adornaría su habitación con ningún papel, pues prefería pintarla.

— Pero *es preciso* adornarla con papel, — insistió el caballero, con cierta vivacidad.

— Hay que adornarla con papel — añadió Tomás Gradgrind — tanto si le gusta como no. No nos diga, pues, que no la adornará. ¿Qué opina V. de ello?

— Voy á explicarles — dijo el caballero, tras un silencio no menos lúgubre, — porque no debe V. adornar un salón con papel que represente caballos. ¿Ha visto V. alguna vez pasearse caballos por la pared de una habitación? ¿Eh?

— Sí, señor; de cierto modo. No, señor, en otro sentido.

— No; y esto es incontrovertible — repuso el caballero, lanzando una mirada de indignación al lugar del que se había equivocado. — Por lo dicho, pues, no debe V. ver jamás en parte alguna lo que no vea realmente; no debe V. tener en ningún sitio lo que no tenga realmente. Lo que se llama gusto no es más que otro nombre que se da al hecho.

Tomás Gradgrind inclinó la cabeza, en señal de aprobación.

— Este es un principio nuevo, un descubrimiento portentoso — prosiguió el caballero — Voy á hacerles otra pregunta. Supongamos que tienen Vds. que alfombrar el suelo de una habitación. ¿Elijirán Vds. un tapiz en que se representen flores?

Como estaba habituado á que la respuesta más adecuada á las preguntas de aquel caballero era *no*, el coro de los *no* fué muy compacto. Algunos tímidos rezagados declararon que sí. De este número fué Sissy Jupe.

— ¡Niña número veinte! — exclamó el caballero, sonriendo con la superioridad tranquila de la ciencia.

Sissy volvióse encarnada y se levantó.

— Por lo dicho, usted alfombraría su habitación, ó la de su esposo, en caso de ser V. una mujer que tuviese marido, sólo con imágenes de flores, ¿no es eso? — preguntó el caballero — ¿Dígame por qué?

— Si V. lo permite, señor, le diré que me gustan mucho los flores — respondió la niña.

— Y ¿por esto las colocaría usted debajo de las sillas y de las mesas, complaciéndose en ver como la gente las pisotea con sus grandes botas?

— Esto no les había daño, señor; esto no las aplastaría ni se marchitarían, si V. permite, señor. Semían siempre la imagen de cosas muy bonitas y agradables, y yo podría figurarme...

— Sí, sí. ¿De veras? Pues precisamente nada debe V. imaginar — exclamó el caballero, regocijado por la feliz ocasión de poder expresar lo que quería — He ahí lo que hay que repeler. No debe V. nunca imaginar nada.

— ¡Hechos, hechos, hechos! — repuso el otro — ¡Hechos, hechos, hechos! — repitió Tomás Gradgrind.

— En todo debe V. dejarse llevar por los hechos — dijo el caballero. — Dentro de poco

esperamos reunir un cuerpo deliberador, que se componga solamente de comisarios amigos de los hechos, las cuales deben obligar al pueblo á que acate los hechos y no otra cosa. Hay que desterrar por siempre la palabra Imaginación. No tienen Vds. nada que hacer con ella. Nada deben Vds. poseer, ya en forma de objeto útil ó de adorno, que esté en contradicción con los hechos. Usted no anda, en verdad, por encima de las flores; por ello, pues, no debe consentirse que V. las pisotee en la alfombra. No han visto Vds. nunca que los pájaros ó las mariposas de lejanos climas viniesen á posarse en la loza; por lo tanto, no debe permitirse que en la loza se pintorreen mariposas y pájaros estraños. Jamás ha notado V. que un cuadrúpedo se pasee de arriba abajo de una pared; por consiguiente, no debe representar V. nunca cuadrúpedos en las paredes. Para este objeto — prosiguió el caballero — debe V. usar de combinaciones y modificaciones (por medio de colores primitivos), fundándolas en todas aquellas figuras matemáticas que sean susceptibles de prueba ó de demostración. En esto consiste nuestro nuevo descubrimiento; en esto estriba el hecho. ¡Y ello, además, constituye el gusto! »

La niña hizo su reverencia y se sentó. Era

muy jovencita, pareciendo espantarla el aspecto positivo bajo el cual se le ofrecía el mundo en aquel instante.

— Ahora, si el señor Mac Choakumchild — expresó el caballero — quiere dar su primera lección, tendré el gusto, señor Gradgrind, de acceder á su ruego y estudiar su método.

El señor Gradgrind le dió las gracias.

— Señor Mac Choakumchild, cuando V. quiera.

Dicho esto, el señor Mac Choakumchild empezó con su más atildado estilo. Él y otros ciento cuarenta profesores habían sido modelados de aquel modo, en el mismo taller, bajo un procedimiento idéntico, como si se hubiera tratado de los pies de un piano. Se le hicieron desarrollar todas sus concepciones, debiendo contestar y contestando á innumerables preguntas, cada una de las cuales constituía un verdadero rompe-cabezas. Ortografía, etimología, sintáxis, prosodia, biografía, astronomía, geografía, cosmografía general, ciencia de proporciones compuestas, álgebra, agrimensura y nivelaje, música vocal y dibujo lineal, todo lo sabía al dedillo. Había llegado por un camino pedregoso hasta el muy honorable consejo particular de Su Majestad (sección B), y se había deslizado por las distintas esferas de las

matemáticas superiores y de la física, así como por el francés, el alemán, el latín y el griego. Sabía todo lo que está en relación con las fuerzas hidráulicas del mundo entero (por mi parte, ignoro lo que esto quiere decir), como también la historia de todas las naciones, el nombre de todos los ríos y montañas, los productos, usos y costumbres de todos los países, amén de sus fronteras y situación, relacionada con los treinta y dos puntos de la brújula. A la verdad, este señor Mac Choakumchild sabía un poco demasiado. Si hubiera aprendido algo menos, ¡cuánto más, sino infinitamente, hubiera enseñado!

Empezó la tarea, en esa lección preparatoria, del mismo modo que Morgiana en los *Cuarenta ladrones*, fijándose en cada uno de los receptáculos que tenía delante, todos alineados; y los examinaba, uno después de otro, para ver el contenido. Dime, buen Mac Choakumchild, ¿estás seguro de que, una vez llenados estos jarros hasta el borde con el aceite hervido de tu ciencia, has conseguido matar del todo á la ladrona Imaginación? ¿Estarás quizá seguro de que sólo la has mutilado y desfigurado?

CAPÍTULO III

UNA GRIETA

Al dejar la escuela para ir á su casa, el señor Gradgrind experimentaba una satisfacción harto viva. Tratábase de su colegio, y quería que fuera, andando el tiempo, una escuela modelo. Descaba que cada discípulo se convirtiera en un modelo, al modo de los jóvenes Gradgrind, que lo eran en verdad.

Cinco formaban estos últimos, y ninguno de ellos dejaba de ser un modelo. Desde su tierna infancia se les había dado lecciones: habían seguido tantos cursos como correrías de una liebre. No bien empezaron á andar, se les obligó á ir á la sala de estudio. Su primera asociación de ideas, ó la cosa primordial que recordaran de entonces, era un cuadro inmenso en el que un alto monstruo delgado trazaba con yeso terribles signos blancos.

No podemos decir que conocieran, de nombre ó por experiencia, lo que constituía un monstruo. ¡El hecho se lo evitó! Utilizo el vocablo para designar un monstruo, que se aposentara en un castillo-escuela, exhibiendo una infinidad